

hecho de no haber hecho mas pérdidas, y de haber salvado todos los demas.

3<sup>o</sup> *Diarreas coléricas tratadas segun mi método.* — He tratado estas diarreas antes que la cólera se hubiese declarado en algunas personas, y una vez sobre mí mismo, como lo expondré en el *tratamiento profiláctico.*

Despues de haber empleado los medios preparatorios, y haber hecho reposar y mudar con ropa limpia mi enfermo, si la cara y todo el cuerpo no son negros, azules, ciánicos ú oscuros, aplico al momento al ano de quince á cincuenta sanguijuelas, segun el temperamento y fuerzas anteriores del enfermo, y segun el estado del pulso; pero siempre es preciso aplicarle un número suficiente para desembarazar la membrana interna del intestino grueso, que está llena de líquidos. Si hay dolores en cualquiera parte del bajo-vientre, y sobre todo al hipogastro, es preciso aplicar allí sanguijuelas en gran número.

A la caída de las sanguijuelas del hipogastro debe seguirse la aplicacion de cataplasmas emolientes calientes, rociadas de láudano en grande cantidad, de una dragma hasta una onza, y aun hasta dos.

Desde que las sanguijuelas han dejado de dar sangre por el ano, es preciso dar lavativas, en cuartas partes, hechas con decoccion de simiente de lino, de arroz ó de almidon, añadiendo diez, veinte, treinta, cuarenta, sesenta, hasta ciento y ciento y cincuenta gotas de láudano de Rousseau.

Para llegar á este punto de administracion de láudano, sin agravar las congestiones del cerebro, tan frecuentes á causa de la estagnacion, de la tenacidad, de la espesura de la sangre y la amplificacion de los vasos de la pia-madre, es preciso empezar por pequeñas dosis, como lo he hecho. He conseguido no solamente detener la diarrea, sino apaciguar los demas síntomas coléricos, por medio de estas lavativas laudanizadas, como el dolor de los lomos, de las extremidades inferiores, y aun las contracciones tetánicas y los calambres.

No obstante, no es necesario apresurarse á quitar de un golpe la diarrea colérica, porque la membrana mucosa de los intestinos gruesos está de tal manera infartada y dilatada en esta enfermedad, que se parece de algun modo á la matriz despues del parto: la he visto mediante algunos dias continuar en desembar-

razarse, despues de la aplicacion de las sanguijuelas, sin comprometer la vida de los enfermos, ni embarazar el resto del tratamiento.

En algunas circunstancias la diarrea colérica entretenia el resto de los síntomas, y el peligro era inminente: entonces me veia forzado á recurrir, despues de haberla desatascado, á medios de diferente naturaleza.

La ipecacuana detenia esta diarrea rebelde como por encanto: pero siempre he visto que mata los enfermos. Los médicos me habian asegurado haber obtenido sucesos; pero, temeroso despues de haber visto morir muchísimos de este modo, jamas he querido imitarlos.

He detenido algunas diarreas coléricas, siempre despues de las sangrias, empleando la pomada estibiada sobre el epigastro; los sinapismos sobre la misma region me han detenido tres: los vejigatorios sobre la misma region las han aumentado, afectando la vejiga ya muy enferma. El éter sulfúrico, empleado sobre el epigastro, me ha curado dos: la decoccion de quina, administrada en cuartas partes de una lavativa, y la decoccion de la simaruba me han parecido disminuir estas diarreas: la solucion de goma arábica, la cola de pescado me han sido mas útiles: dejaba disolver en agua fria de fuente una dragma de cada una de estas dos sustancias: mezclaba juntas estas soluciones, y daba una cuarta parte de lavativa tibia cuatro veces al dia: algunas veces agregaba algunas gotas de láudano.

Las bebidas que daba á estos enfermos eran las mismas que las que han servido para los vómitos, con la diferencia que aquí la goma arábica hacia parte de ellas, disuelta siempre con el agua fria. Luego que el ardor del estómago y de los intestinos cesaba, no rodeaba ya el vaso de agua con la nieve ó el hielo; daba el agua á la temperatura ordinaria, gomada, azucarada, y acidulada ligeramente, cuantas veces la apetecia el enfermo.

No me he atrevido á añadir el agua de diarréticos, ni la de flores de naranja, ni el licor anódino, ni el agua de manzanilla, ni el ácido sulfúrico, ni algun otro excitante, temeroso de no renovar la susceptibilidad del estómago, tan pronto á levantarse en una atmósfera colérica. He visto quitar diarreas con admiracion por las sangrias generales, cuando habia pulso y calor: no creo haber tratado mas que una por este medio. No obstante, como he visto algunos coléricos morir bajo la lanceta, me

ha chocado este espectáculo de tal manera, que no me he atrevido á sacar sangre de otro modo que por las sanguijuelas, lo que es sin riesgo : pero no quiero convidar á todo el mundo que me imite.

3º *Vómitos y diarreas tratados por mi método.* — Muchísimas veces sucede que hay que tratar personas atacadas á la vez de diarrea y de vómitos : el tratamiento es siempre el mismo ; esto es que es preciso combinar los dos tratamientos, con esta diferencia que las sangrias locales deben ser menos fuertes á cada region, al epigastro, al hipogastro, y al ano.

4º *Frio del cuerpo de los coléricos tratado segun mi método.* — Hacer un capítulo separado para el tratamiento del frio seria hacer un zurcido : pero como este sintoma asusta á las personas que rodean el enfermo, y aun los médicos, como se ve ; que se tiene siempre la idea de la muerte delante de los ojos, voy á decir como se remedia. Despues de haber arruinado y visto destruir la piel de muchos enfermos coléricos por una infinidad de excitantes, de ardientes, de estimulantes, he tomado el partido de hacer á mis enfermos frios lo que acabo de exponer, hablando de los preparativos indispensables, esto es calentar el cuarto, donde el enfermo debe acostarse, segun la estacion : siempre es preciso calentarle un poco en todas las estaciones ; despues desnudar el enfermo y envolverle en una ó dos mantas ó cobertores de lana ; rodearle de botellas de agua hirviendo, y cubrirle aun con otras mantas, y pasar el calentador muchas veces en la cama, sin permitir, por pretexto alguno, descubrir el cuerpo ni las extremidades para darle friegas. He hecho constantemente envolver las extremidades inferiores de cataplasmas calientes, y las superiores de franelas tambien calientes : envueltas asi las extremidades, las amurallaba de botellas de agua hirviendo. Este es mi tratamiento para el frio, que es el efecto de la cesacion de la calorificacion de la piel y los pulmones, el efecto de la disminucion de la cesacion de la oxigenacion : de aquí el efecto de la inercia del corazon y las arterias, y del infarto de la membrana gástrico-intestinal. El oxígeno, que excita, que anima y que sostiene todos los puntos del cuerpo, no es ya introducido, y la piel sufre por esta causa. Es necesario tambien desempeñar y limpiar el canal digestivo, causa principal de estos terribles fenómenos, para que la piel vuelva á ponerse caliente : por consiguiente los medios que remedian el vómito y la diarrea son los únicos que

pueden hacer volver el calor sobre la piel. No impido hacer suaves fricciones secas sobre la piel sin descubrirla, ó cuando mas fricciones con la pomada de cohombros y de rosas, que no producen la evaporacion, pero que suavizan esta piel encogida, ajada, adelgazada, despegada de las partes subyacentes. Este débil medio me ha parecido producir algunos buenos efectos, pero no cambio nada de mi disposicion general de dejar la piel en reposo : tambien pienso que dejándola en este estado, y calentándola con mantas ó cobertores, las cataplasmas y las botellas, es una ventaja grande para los enfermos.

6º *Calambres, contracciones de las extremidades y espasmos tetánicos tratados segun mi método.* — El peligro que los calambres acarrear no es tan grande : estas sensaciones incómodas son muchas veces pasajeras ; pero si estan acompañadas de contracciones espasmódicas y tetánicas, el riesgo es inminente : las contracciones espasmódicas y tetánicas matan muchos enfermos coléricos.

Antes de abrir los cadáveres, estas contracciones me embrazaban mucho : las creia nerviosas ; las trataba y veia tratar por los antispasmódicos : hemos matado mucha gente asi. Las otopias me han demostrado todas las membranas, que rodean la médula espinal, llenas de una sangre negra, espesa, tenaz, cuasi seca : esta sangre estancada por falta de oxígeno, de calor, de agua, y de impulso suficiente de las arterias y del corazon, comprime la médula y los nervios que salen de ella ; por consiguiente resulta de esto contracciones espasmódicas y tetánicas de las extremidades y los calambres.

Es entonces que, habiendo grabado en mi memoria la curacion de un tétanos por un hábil cirujano y médico de la *Pitié*, M. Lisfranc, he atacado estos espasmos, estas contracciones, estos tétanos y trismus coléricos por la aplicacion de numerosas sanguijuelas á lo largo de los apófisis espinales de la columna vertebral : he quitado estas contracciones como por encanto, empleando, despues de la caida de las sanguijuelas, cataplasmas bien calientes, rociadas de láudano en gran cantidad hasta cuatro onzas.

Cuando las contracciones, los espasmos tetánicos y los calambres ocupan las extremidades superiores, aplico sanguijuelas sobre los apófisis espinosos, dorsales y cervicales : cuando ocupan las extremidades inferiores, es desde el sacro que empiezo

mi operacion de sangrias locales por las sanguijuelas hasta las vertebrae dorsales. Explicarme mas sobre este asunto seria inútil: debo no obstante notar que todas las veces que los calambres, los espasmos y las contracciones no han cesado, el enfermo es muerto: es muerto, porque yo le habia visitado largo tiempo despues que su enfermedad habia empezado; ó porque habia sido mal dirigido por los demas; ó porque tenia graves flegmasias crónicas del canal digestivo; ó porque estaba convaliente de otra enfermedad; ó en fin porque la carbonizacion habia emponzoñado sus órganos.

7º *Cara descompuesta, y piel negra, morena, livida, ciánica, carbonizada: tratamiento segun mi método.*— Los profesores alemanes llaman este matiz, este síntoma característico, cuarto grado de cólera: todos estan acordados en decir que cuando el colérico llega á este punto, es perdido sin remedio: soy de su parecer. He sido tan desgraciado como ellos en el tratamiento de este grado. Parece que la carbonizacion llega con una prontitud extraordinaria; la falta de oxígeno mata todos los órganos, todas las partes del cuerpo humano: corazon, arterias, estómago, intestinos, hígado, pulmones... No obstante aun queda, ¡cosa admirable! en medio de esta muerte cuasi general de los órganos del cuerpo humano, un órgano vivo, que es el cerebro: da sus órdenes, pide de todas partes socorro, busca á revivir los órganos espirantes, reclama los medios de apaciguar sus dolores, les envia algunas veces el débil apoyo del corage, y procura al ser que padece dulces ilusiones (1); reparte sus irradiaciones nerviosas para excitar, para reanimar la vida; pero no se hace reaccion alguna: todo está carbonizado y muerto, excepto el mismo cerebro, que conserva aun su facultad de pensar: sitiado por esta multitud de fenómenos lúgubres, rodeado de tantos servidores en otro tiempo tan fieles, pero ahora agobiados, debilitados, y aniquilados en su presencia, se arroja en el porvenir, pregunta al desconocido, y le suplica le diga la causa de estos fenómenos extraordinarios que se presentan formando la espantosa escolta de la entidad nombrada cólera.

Arregla los negocios de su posteridad, dicta su testamento, y

(1) Es preciso haber visto la cólera para hacerse una justa idea de estas emociones; soy competente sobre este punto, y hablo con conocimiento de causa. (Nota del autor.)

no queriendo vivir con los muertos, con los órganos que todos le han abandonado sin vuelta, se abandona á la muerte: pero, ¿qué digo? resucita media hora despues para hacer la última llamada á todo el organismo: los músculos solos le responden por un instante, se excitan, se ponen en movimiento, se estremecen, se contraen por la última vez, y caen en el instante en la eterna inmovilidad de la muerte.

Esta fuerza moral del cerebro, esta facultad de pensar, que le queda durante tan largo tiempo en esta enfermedad, me ha animado á intentar algunas curaciones: y he logrado dos.

Si el aspecto terrible de la cara y el de la piel es reciente, si los ojos no estan muy excavados ó hundidos, si la inteligencia es bastante fuerte, si la disecacion del cuerpo no es excesiva, es preciso seguir todo lo que se ha dicho en punto á las precauciones indispensables para el acierto de mi tratamiento: ademas es preciso acelerarse á reanimar el órgano de la voz, los contornos del laringe y del faringe con cataplasmas bien calientes; todo el bajo-vientre y las extremidades deben estar cubiertas de cataplasmas semejantes; fricciones con la pomada de rosas á lo largo de la espina son indispensables: una hora ó dos despues que todo se haya practicado, es preciso poner los pies en el agua apenas tibia, y procurar de ponerla mas caliente muy suave y gradualmente, de suerte que en el espacio de dos horas se ponga ardiente: los pies deben quedar en ella. He animado esta agua con vinagre, sal y mostaza: despues de haber esperado hasta cinco horas, el calor del cuerpo empezó á volver, la cara se reanimaba, los ojos estaban menos ajados, y el adormecimiento por el sueño menos pronunciado: es entonces que una aplicacion de cuarenta sanguijuelas sobre el laringe y contornos del faringe me han sacado sangre negra, espesa como la miel. Hecho esto, las cataplasmas aplicadas al cuello me procuraron una evacuacion sanguinea de diez y ocho horas. La sangre se volvió bermeja, todo el cuerpo se calentó, el pulso se levantó, y mi enfermo tuvo por la reaccion colérica un gastro-enteritis que se curó con limonadas y la goma: á esta época yo me hallaba en Lemberg, é ignoraba aun el uso del hielo en pedazos.

El segundo suceso es el que obtuve sobre la niña Laïs: era el matiz mas fuerte de carbonizacion: ella curó. No obstante deseo que un método tan útil no se comprometa por un celo irreflexivo: es preciso contentarse con aplicarle á las personas co-

léricas atacadas de vómitos, de diarrea, frío en las extremidades, sin pulso, calambres, y contracciones espasmódicas.

*Pérdida, cesación ó extinción del pulso. Tratamiento según mi método.* — Desde que se conoce lo que se llama *pulso* en la especie humana, el público social y medical, caso de no hallarle, grita la muerte, y cuando menos, *debilidad*. Este fenómeno me ha chocado mucho también, cuando empecé á visitar coléricos, no pudiendo hallarle ni en el cuerpo, ni en las sienas, ni en las carótidas, ni en los contornos del cuello, ni en el mismo corazón. Este fenómeno ha sobrecogido de tal modo á los médicos, que, creyendo los coléricos atacados de debilidad, y considerando su enfermedad como puramente nerviosa, les han prodigado todos los fortificantes, todos los corroborantes, todos los tónicos y los excitantes para reanimar la vitalidad, relevar las fuerzas, llamar la vida de los órganos, y restablecer el equilibrio desarreglado por el ser malhechor llamado *cólera*. Preguntaba á mis compañeros la causa de los vómitos y de las diarreas: me respondían que era la *cólera*. Yo deseaba que me hiciesen saber la causa del frío, el de la alteración de la voz; y por toda explicación me decían que era la *cólera*. Siempre que he querido saber de ellos la causa de la alteración de la voz, de la cara y de la piel, me aseguraban que la *cólera* era la autora de todos estos desórdenes. Había algunos que la llamaban *diablo*: tan nuevo era para el mundo medical, como para mí mismo, este terrible azote. Me fue preciso ver muchos enfermos atacados de esta cruel enfermedad, para hacerme una exacta idea de ella: en los principios me causaba una especie de estupor que me paralizaba las manos, y me turbaba la inteligencia: no sabía que hacer.

Yo mismo he cedido también en el principio de mi práctica al torrente medical para levantar el pulso, para reanimar el hombre en las agonías, para salvar mi colérico: pero mis desgraciados hermanos, los hombres, morían bajo de mis golpes medicales.

Llorando sobre la suerte de la humanidad, y desesperando de poderla curar, me concentré en mí mismo. Privado de toda especie de libros y de consejos; no pudiendo ya dirigirme ni á Alibert, ni á Rostan; no pudiendo consultar ni á Lisfranc, ni á Damiron; lejos de París, foco de las luces; desprovisto del energético sosten de mis compañeros y amigos, Gaubert y Casimir Broussais, me acordé de lo que el padre de la medicina moderna

616.9322  
B 876c

11253

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.

11253

NO. CLAS.

616.9322

AUTOR

Broussais,

B876c

TITULO *Cólera morbus epidémica*UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

A.- 11253

616.9322

B876c

Broussais,

*Cólera morbus epidémica.*

